

la alternativa del calor y del frío requiere un círculo perpétuo de ocupaciones para mantener la reproducción de las subsistencias por medio del cultivo de la tierra y el establecimiento de las propiedades.

En los siglos modernos vemos asomar la civilización en las soledades de entrambas Américas y de la Australasia, quitando algunos gobiernos protectores las trabas que por largos siglos paralizaron la industria humana, la cual no florece en ningún suelo sin libertad y sin derechos civiles. Trasplantada la libertad en aquellas regiones, vemos á las ciencias atajar los inconvenientes de los climas estremados, convidando á todos los pueblos con los ópimos frutos del ingenio que cultivan los moradores de las regiones templadas.

Engrandécese entonces el género humano, y mas que nunca se ven centellear ahora las luces del entendimiento por todos los ámbitos de la tierra. Si deseamos ver cuánto pueden las ciencias entre las naciones, contemplad á Sesostris instruido por los sábios del Egipto; mirad también la sabia Grecia luchando en Marathon y Salamina contra todas las fuerzas del Asia. ¿Qué brillante es el triunfo del saber y de la virtud sobre la ferocidad y el despotismo! La ciencia que abre á nuestra consideración los espacios de los climas y de los siglos, describiendo los secretos del destino, humilla este amor propio que nos envanece. Reduciéndonos á la justa medida que ocupamos en la inmensa escala del mundo, nos muestra lo poco que vale el hombre en la tierra.

¿No se ha visto honrada en todos tiempos la filosofía con la tenaz persecución de los tiranos? Harto entienden estos que una alma empapada en conceptos grandiosos jamás se doblegó á las cadenas de la servidumbre, y que salieron vengadores de la independencia y de la humana dignidad ultrajada, no solo de las escuelas de los estoicos, sino también de los plácidos jardines de Platon y de Epicuro, y hasta de la secta de Pitágoras entre los antiguos.

Muy lejos de solemnizar la autoridad de los maestros, propenden las ciencias á la duda filosófica y al exámen de todas las opiniones; lejos de impugnar la religión y las leyes, derriban al contrario la superstición y el despotismo, sus mas funestos enemigos. Véase la base de todas las declamaciones contra la civilización. Y ¿á quién le ocurrió jamás que el estudio quebranta el espíritu en vez de engrandecerlo con sublimes conceptos? El cultivo de nuestra razón no puede embotar el entendimiento ó pervertir el juicio, y ¿quién duda que la necedad que no se conoce á sí misma, es mas incurable que la que procura enmendarse con el estudio. ¿Adolecemos de tantísimos males solo porque pensamos? Lo supone Rousseau. Mas cierto es que los defectos del alma aparecen mayores cuando se hallan iluminados por la luz del saber: por esta causa llaman mas la atención y se hacen mas notables en las personas ilustradas que en las ignorantes. Tan lejos está la ciencia de ser su origen que incesantemente procura esterminarlos. Si la civilización no alcanza á fortalecer todas las almas, ¿lograremos este objeto viviendo en la ignorancia y en el desamparo, lejos de los nobles ejemplos que nos proponen la historia y las doctrinas morales? Si puede el númen encumbrarse con sus propias fuerzas, con solo observar la naturaleza, ¿cuánto mas audaz no será su vuelo si se ve fortalecido por el estudio y estimulado por la emulación que forzosamente debe inspirarle la sociedad de otros ingenios, tan sublimes como el suyo? Hermanas son las ciencias, ó mas bien diremos una es la ciencia. Los talentos se enardecen y despejan por medio de las comunicaciones, ó mútuos reflejos de sus luces. Es verdad que la ciencia no constituye por sí sola el verdadero númen, pero lo fecundiza y cual ráfa-

ga deslumbradora le hace brillar y resplandecer.

No faltará quien impute á las ciencias la causa de las conmoviciones de los estados, proclamando los beneficios de la ignorancia para la estabilidad de los gobiernos ó la eterna medianía que impusieron á los chinos y otras naciones el despotismo y sus falsas creencias. ¿Pero quién levanta esas imputaciones sino el hombre que lleva estampado en su frente el sello de la incapacidad y de la ignorancia y que, harto vil y desgraciado para que le obedezca dócilmente un pueblo ingenioso, valiente y mas ilustrado que él, quisiera mas bien conducir con látigo en mano piaras de brutos? Hágase en buen hora respetar de los brutos, que el verdadero estadista no se quejará nunca de la industria y talento de una nación generosa y magnánima y el gran rey cifrará siempre su gloria, en gobernar hombres de mérito.

El verdadero sabio se retrae de un mundo que le desconoce y al cual desprecia; satisfecho con mandar á la inteligencia, facultad del hombre, la mas noble y rebelde, levántase un trono con el brío humano de la verdad y del ingenio.

Los deleites mentales que disfruta en sus contemplaciones son harto mas deliciosos que los placeres materiales, menos sujetos á la saciedad y á ser arrebatados como lo son con frecuencia los honores, las riquezas, la hermosura; y permanentes é incorruptibles, dejan despues de la muerte esclarecidos rastros de eterna nombradía. ¿Cuán superior no es el hombre que contribuye á la civilización de sus semejantes, á aquellos personajes venidos al trono por la mera casualidad del nacimiento ó de los vaivenes políticos para deshonorarse tal vez en él y bajar al sepulcro cargado con el ódio de las naciones? ¿Cuán mas fácil no es adquirir riquezas que ciencia y sabiduría! Desprecie el saber el vulgo ignorante, arrástrese en hora buena bajo el carro de la fortuna, paladee la humillación que le halaga: los siglos ensalzan al verdadero mérito, y derriban y anonadan las vanidades temporales.

El género humano camina á la perfección; civilízanse los pueblos hasta en los desiertos de la América y de la Notasia, pueblos en otro tiempo desconocidos; el hombre va extendiendo su imperio sobre toda la naturaleza; y mientras que el salvaje dirige su frágil canoa sobre las livianas ondas, el europeo, á manera de un gigante, lanza al mar navíos de alto bordo, fortalezas móviles que señorean el Océano con millares de rayos disparados por sus lados. Estremécense las ondas vencidas, cual callan las naciones ante nuestros ejércitos. Así pues los peñascos derribados por la pólvora, el Océano contenido por recios diques, los aires traspuestos por el audaz aereonauta, los abismos de los mares, sondeados por el buzo bajo la campana, las entrañas del globo, abiertas por el minero que con la lámpara en la mano recorre sus simas para sacar á la luz del día el oro y las piedras preciosas, y ese inmenso enlace de correspondencias debidas á la industria y á las ciencias y que nos instruyen todos los días de los acontecimientos de los antípodas ó de otro hemisferio; todo en fin, nos anuncia la grandeza y el alto poderío de nuestra especie.

¿Mas debemos considerar tan solo al hombre por su parte intelectual, por esa esencia que le da su grandeza y poder sobre la tierra? No, la inteligencia, imagen de la divinidad, se halla unida al cuerpo, á la parte material por vínculos admirables y difíciles de sondear. No es nuestro propósito probar la debilidad de las fuerzas humanas para reconocer las causas de tan sorprendente enlace; pero sí demostrar su influencia en el equilibrio general de la naturaleza organizada á fin de hacer mas palpable cuan interesante nos ha de ser el estudio del hombre por el importante papel que juega en el globo.